

DESINFORMACION DE LA VISITA PAPAL

por TOMAS P. MAC HALE*

Pasados algunos días del término de la visita a Chile del Papa Juan Pablo II, cabe puntualizar, con mayor proyección y a la luz de los antecedentes acumulados, el espíritu desinformativo con que fue cubierta por la gran mayoría de la prensa extranjera. La verdad es que el acontecimiento justificaba una concentración del interés periodístico internacional, tanto por la naturaleza de la visita como por las repercusiones de la misma. Sin embargo, hubo muchos viajeros, disfrazados de periodistas, que vinieron aquí con el propósito de presenciar un desenlace adverso para el actual régimen.

No es primera vez que ello ocurre. Los hoteles céntricos en los años pasados alojaron a numerosos pasajeros que pensaban —y de seguro en su mayoría deseaban— ver un final y dar las primicias del caso. Los “turistas de la revolución” —como se les ha denominado— incluyen en su trayectoria haber sido testigos de la caída de La Habana, Saigón y Managua, para citar sólo tres casos estruendosos, con las dramáticas consecuencias políticas y sociales consiguientes. No lograron estar presentes en el desplome de El Salvador a manos de la guerrilla, a pesar que muchos simpatizaban intelectualmente con ella, logrando, en cambio, que el hombre de la calle salvadoreño los llamara las “vibras del Camino Real”, el suntuoso hotel desde donde los corresponsales presenciaban cómodamente cómo el país se desangraba.

Exigirles objetividad, ética, responsabilidad y características similares a personas que tienen otras motivaciones extra-

* *Este artículo fue publicado en El Mercurio el 18 de abril de 1987.*

profesionales en su quehacer en apariencia periodístico, constituye una ilusión y una pérdida de tiempo. Lo grave es que estos visitantes desenfadados llegan a Chile con prejuicios políticos propios o incluso con instrucciones de sus jefes de cubrir sesgadamente la realidad nacional. Las buenas noticias en el mundo no suelen ser noticias, pero si surgieran desde Chile ¡deben ser cuidadosamente ocultadas! Un diario de España —donde la desinformación sobre Chile la practica desde sus medios de prensa el gobierno socialista— tituló recientemente un texto: “El Papa en el infierno”, lograda síntesis de una arraigada hostilidad editorial e informativa.

El redactor jefe de Radio Vaticana, P. Félix Juan Cabasés, encaró a un corresponsal español diciéndole: “Ustedes tergiversan la verdad. Han venido a cubrir incidentes olvidándose de lo importante. (...) Yo creo que esto es falsear la realidad. Esto es mentir, sencillamente”. Otro profesional de la misma radio añadió: “Lo que pasa es que los periodistas son unos verdaderos mercaderes de la prensa”.

Los lectores de este diario del domingo pasado ya se impusieron de una reveladora entrevista al periodista francés Eric Brissaud, que habló claro y con fundamento denunciando métodos altamente cuestionables respecto a cómo la visita papal fue vista por sus colegas. Ilustrativa ha resultado, además, la forma de autocensura de una revista parisiense respecto a un texto del mismo Brissaud sobre Chile. Los casos podrían multiplicarse.

¿Qué quiere decir todo esto? Algo muy simple: se estuvo en presencia de otra fase del proceso desinformativo respecto a nuestro país, su gobierno y su pueblo que, jubiloso y sin el odio que algunos desalmados quisieron infundirle, salió a las calles a recibir al Príncipe de la Cristiandad, en noble misión de paz, análoga a la de 1978. ¿Y cómo se ha definido la desinformación? Pues como “dar información intencionalmente manipulada al servicio de ciertos fines”. Respecto al último capítulo

nacional ya se conoce la motivación que tuvo: profundizar la acción de un arma estratégica o de guerra en un país al que se procura afectar en su estabilidad institucional.

Algunos corresponsales foráneos se sienten ofendidos cuando se les hace notar su falta de conciencia profesional que también existe, aunque minoritaria. A otros, en concentraciones públicas, espontáneamente se les grita: “¡digan la verdad!”, meta difícil de cumplir si en ocasiones el reportaje ya estaba concebido y sólo se buscaban las comprobaciones del caso: “yo estuve allí”.

Una forma calificada de averiar la libertad de expresión, indispensable en toda sociedad, es desprestigiarla por irresponsabilidades sostenidas, máxime si las acreditan muchas personas a la vez. Si los abusos de la libertad invitan a menudo a controles impuestos por la autoridad, la desinformación como actitud permanente genera irremediablemente una falta de credibilidad en la propia opinión pública. Los que por ideología, frivolidad o lucro dieron una visión distorsionada de Chile durante la visita del Sumo Pontífice, tal vez disfrutaron de su visita aquí. Pero hay que agregar que, a la vez, lograron para la profesión periodística —considerada como arquetipo— una dosis considerable de descrédito. Y ello, en realidad, será para los culpables un triste privilegio, aparte de ser injusto con tantos genuinos profesionales chilenos que, aún en condiciones adversas, sirven lealmente a la verdad. Y conviene recordar que, en palabras de S.S. Juan Pablo II, aquélla es nada menos que fuerza de la paz.